

# ORAR COMO AGENTE DE PASTORAL DE LA SALUD

Francisco Alvarez

## LA VIDA ESPIRITUAL: ESA ES LA CUESTION

A un periodista que le preguntaba cuál era su mayor preocupación con respecto a la Compañía de Jesús, el padre Kolvenbach respondía sin vacilar: 'La vida espiritual'. Es evidente que la respuesta del Superior General va más allá de la oración (tema de nuestras jornadas) pero se refiere también a ella. De hecho, no en vano «la oración es el punto de convergencia de la mayor parte de los aspectos del complejo fenómeno religioso»

Mi exposición quiere subrayar desde el inicio este dato: La oración, en cualquiera de sus dimensiones y formas, hay que situarla siempre dentro del vasto mundo de la vida espiritual y de la espiritualidad. De lo contrario puede convertirse en fórmulas vacías, en expresiones desgajadas de la vida, en rito carente de alma, en magia. De igual modo la vida espiritual, en la experiencia y praxis cristiana, no puede sostenerse sin la oración. Oración y vida espiritual van juntas, son inseparables, la una penetra en la otra, se alimentan la una de la otra.

Vistas así, oración y vida espiritual poseen un fuerte sentido de totalidad. Si es verdad que la segunda abarca la existencia entera del creyente (intimidad y exterioridad, acción y contemplación, relación con Dios y servicio al prójimo ... ), lo mismo puede decirse de la oración. Se es hombre espiritual como se es orante. El tiempo, el espacio y todos los recursos oracionales tienen esta finalidad: profundizar y hacer madurar en el creyente la condición estable de orante. La comunión con Dios, la adhesión generosa a su voluntad buscada cada día, el amor filial, la pasión por Cristo.... no admiten paréntesis ni suspensiones temporales. Y aunque no se puede rezar en todo momento ni puede decirse que todo sea oración, sin embargo rezar significa retomar constantemente estos motivos. De hecho la oración persigue los mismos objetivos que la espiritualidad: alcanzar amor y vivir en comunión con Dios, configurar la propia existencia a imagen de Cristo, compartir su misión y su destino, caminar hacia la plenitud de lo humano, unificar la existencia y potenciar su centro, sacar fuerzas para el ejercicio del ministerio.

Esta conexión recíproca entre oración y espiritualidad nos permite entender mejor por qué y cómo la oración ha de beber en las mismas fuentes que la espiritualidad, y, más concretamente, por qué ha de hablarse de una oración articulada y vivida en y desde el mundo de la salud y de la enfermedad.

Un segundo dato que asocia oración y vida espiritual: La oración es vista siempre como relación vivida entre Dios y el hombre. Más concretamente, en la oración cristiana nunca pueden faltar ni Dios ni el hombre ni un contenido en su encuentro oracional. F. Heller ha expresado el mismo concepto afirmando que, para que se dé una verdadera experiencia de oración es necesaria «la fe en un Dios personal, viviente; la fe en su presencia real; un dramático diálogo entre el hombre y Dios al que se le reconoce como presente». No es preciso adentrarse en las características y dinanismos de este encuentro para entender hasta qué punto la existencia cristiana está condicionada, configurada y modulada por la vida de oración. Es en el encuentro con Dios donde el hombre adquiere su verdadera identidad y consistencia. ¿Cómo podría una oración así concebida separarse de la vida espiritual y de la espiritualidad?

«La fórmula "vida espiritual" indica, en términos esenciales, la entera vida del cristiano en cuanto está animada por el Espíritu del Señor Jesús; o bien el modo en el que el fiel miembro del Pueblo de Dios concibe, experimenta y expresa, en la Iglesia y en el mundo, su vida teologal de relación personal con el Dios viviente de la fe cristiana; o también las actitudes internas, suscitadas y sostenidas por el Espíritu Santo, a través de las cuales el cristiano se compromete en la búsqueda de la santidad, en conformidad con su ministerio y con su particular forma de vida».

No tendría, por tanto, demasiado sentido hablar de la oración del agente de Pastoral de la Salud si no remitiera a una espiritualidad que circula, más o menos explícita, por ese mundo y, obviamente, sobre todo por las venas de los creyentes que en él ejercen su ministerio. Mi exposición, sin tratar expresamente de la espiritualidad del agente, la tiene sin embargo muy en cuenta. Sin ello no se entendería todo cuanto sigue.

## ¿QUÉ SIGNIFICA «ORAR COMO AGENTE DE PASTORAL DE LA SALUD»? UNA PRIMERA APROXIMACIÓN

Por muy obvio que parezca, es preciso afirmar Sin titubeos que, del mismo modo que no se deben multiplicar las espiritualidades al gusto de un excesivo deseo de singularidad, tampoco es acertado hacer demasiado hincapié en la supuesta necesidad de reinventar a diario fórmulas y expresiones oracionales únicamente en función del contexto y de las situaciones personales. Nuestra oración será cristiana o no será oración.

Ahora bien, la oración (como la vida entera del creyente) hay que contemplarla siempre (como ya he dicho) dentro de una relación, rica en nombres y fuente de múltiples experiencias. En el origen de esta capacidad relacional está siempre la iniciativa de Dios. Como afirma Von Balthasar, la originalidad del cristianismo con respecto a otras religiones consiste precisamente en esto: en que nosotros encontramos a Dios porque Él se ha hecho el enconradizo'. Esta originalidad de la oración y de la experiencia cristianas es tan radical como la del amor, del que Dios es la fuente primera y última; amor que, como la oración, al tomar forma en nuestras vidas, se convierte en biografía, de la que recibe su marca personal. Se convierte en una compleja historia de relación.

Dentro de esa historia, según acredita la experiencia reflexionada, el ministerio del agente de Pastoral de la Salud y el mundo en que se realiza, son una referencia constante en la vivencia de la relación con Dios, no sólo a través de la oración. Para quien es capaz de leer su inserción apostólica en ese mundo en términos de fe y de comunión eclesial, es evidente que el lugar de trabajo, además de un lugar para las profesiones, es también una especie de instancia teológica y espiritual, y ciertamente de encuentro con Dios.

En espera de un ulterior desarrollo, orar como agente de Pastoral de la Salud, puede entenderse somera y aproximadamente así:

- El mundo de la salud y de la enfermedad circula, de alguna forma, por las venas del agente. Su ministerio concreto lleva a la oración y ésta, a su vez, al ministerio. En la oración están presentes el sufriente, el enfermo, el moribundo..., como recuerdo y estímulo, como destinatarios de una súplica solidaria.

- La oración litúrgica de la Iglesia, sin perder nada de su universalidad, se traduce y se encarna. En la Eucaristía puede verse presente el lecho del enfermo; el culto a Dios pasa por el servicio. En el pan que se parte puede verse al Samaritano que se entrega. La víctima que se ofrece reúne en sí el sufrimiento solidario de muchos. En los enfermos de los salmos encuentra rostros conocidos...

- En la oración, cada uno a su modo, el agente de pastoral amasa alegrías y tristezas, la solidaridad que cura y salva y el deseo de vivir de quienes sienten la amenaza de la muerte. La oración del agente es una oración «interesada». Pasa del horno al coro sin haberse sacudido la harina de sus ropas.

- En la oración descubre que el enfermo representa para él una fuente y un alimento de oración y de espiritualidad. Amado por sí mismo (y no como simple medio) el enfermo se transforma en «epifanía» de Dios y, al mismo tiempo, en «profeta» que sacude sus falsas seguridades, y que lo advierte del peligro de que el culto pueda ser vacío.

- El Cristo del agente de Pastoral de la Salud no puede ser otro que el Cristo misericordioso: terapeuta que cura a partir de la experiencia de sus heridas y que, con el don de su vida, ofrece salud a todos. Un Cristo, pues, solidario y saludable.

- En la vida de oración del agente la cruz ocupa un lugar relevante. Sabe a kenosis, a renuncia a posiciones acomodadas y de privilegio. Consiste en compartir sufrimientos ajenos, ansiedades e interminables esperas. Consiste también en vivir a menudo a la intemperie de la falta de seguridades, de gratificaciones y respuestas. En darse, para que el propio ministerio sea saludable.

No pudiendo desarrollar cuanto aquí queda insinuado, nos detendremos ahora en algunos de los acentos que, según mi parecer, pueden marcar la experiencia oracional y espiritual del agente de Pastoral de la Salud.

## «ORAR LA VIDA»

Partimos de dos constataciones bastante elementales. La primera: «el cristiano no reza de buena gana»; y la segunda: está siempre al acecho el riesgo de separar la oración de la vida. Ni qué decir tiene que, detrás de estas constataciones, se dan problemáticas harto complejas, a las que aquí no podemos siquiera aludir. Sin embargo nos dan pie para entender hasta qué punto, en la vida cristiana, es importante el aprendizaje y el discernimiento de la vida de oración.

Con la expresión orar la vida, que se puso de moda tras el Concilio Vaticano II, qué podríamos significar. Por supuesto no se quiere decir, como a menudo se ha afirmado, que en la vida del agente de pastoral todo sea oración. Esto, como acredita la experiencia, no ha redundado en beneficio ni del apostolado ni de la vida interior. En el encuentro de Dios con el hombre orar la vida significa ante todo que la oración es un acontecimiento en el que no tiene sentido alguno prescindir del sujeto. Por tanto, la vida es el escenario, el contenido y también el centro del encuentro. Se ora desde la vida, en la vida y con la vida. Destaquemos tres consecuencias importantes para la vida interior del agente de Pastoral de la Salud...

– Para orar la vida es preciso ante todo tomar en serio la vida misma. Venimos de una larga tradición que no favorecía el sentido de totalidad de la oración (y tampoco de la espiritualidad). Siempre había algo que debía quedar fuera del templo y de los espacios de intimidad con el Señor. Había que combatir las distracciones como enemigas del encuentro con Dios. No menos sospechoso era el mundo de los afectos, de los sentimientos y de las emociones. Olvidándose de la sabiduría y de la experiencia de grandes orantes (por ej. san Ignacio y santa Teresa), incluso el cuerpo tenía que ser domesticado más que implicado en el encuentro.

La oración es, en cambio, un ejercicio estupendo cuyo valor saludable depende en buena medida de su capacidad de ayudarnos a valorar la vida entera. Orar significa, de hecho, aprender a acogerse a sí mismo, la propia corporalidad, con todos sus límites y posibilidades, como don venido de otros (ante todo de Dios), para poder vivirse a sí mismos como obra buena, en clave de homenaje a Dios, origen y consistencia última de toda realidad, el cual, mirándonos con buenos ojos, vio que todo era bueno'. Un sentido equivocado o enfermizo de humildad, a menudo acompañado de sentimientos de indignidad, se encuentra en el origen de experiencias patológicas o bien de abandono progresivo de la oración. No es fácil, por ejemplo, dirigirse a Dios desde una baja autoestima.

El encuentro se da necesariamente a partir de la propia corporalidad. Oramos con el cuerpo, tomando posesión de él, viviéndolo lúcidamente, escuchando su silencio y sus mensajes tranquilizadores o preocupantes, aprendiendo a respetarlo y amarlo, dando gracias por cada latido del corazón y por cada despertar, haciéndolo cada vez mejor instrumento de la misericordia de Cristo... En la oración, vivida así, aprendemos a hacernos cada vez más sensibles a cuando sucede en el cuerpo de los enfermos, a humanizar el encuentro con ellos, y a glorificar a Dios en el cuerpo herido por la enfermedad. Nuestro ministerio se desarrolla precisamente en un mundo donde el cuerpo (en la doble acepción de cuerpo/objeto y cuerpo/vivido) tiene un especial relieve y significación.

– La oración cristiana, en todas sus formas y dimensiones, es el ámbito privilegiado en el que el creyente asimila y se apropia de la biofilia de Dios, tal como se expresó sobre todo en el Cristo misericordioso. La pasión de Dios por el hombre, su apuesta por la vida, especialmente cuando ésta se encuentra amenazada, su denuncia constante de todo sucedáneo de vida, la defensa del pobre y del débil, su decidida voluntad de promover lo humano y de conducirlo a su plenitud... he aquí algunos de los contenidos del «programa» del Hijo: «He venido para que tengáis vida y vida en abundancia».

Quien, con corazón sincero y con fe iluminada (no basta la buena fe), aprende a ser orante experimenta dentro de sí una progresiva y radical (aunque laboriosa) transformación: pensar como Dios, querer lo que Él quiere, amar como El ama. Se adquiere un tercer oído y un sexto sentido, una fina sensibilidad hacia todo lo humano, el mundo se nos presenta a nuestros ojos como un libro abierto a nuestra lectura apasionada; nos hacemos expertos en humanidad... Por lo demás, ¿cómo explicar que ese «estar en trato de amistad con Aquél que sabes que te ama» no nos «contagie» algo del corazón y de los sentimientos de Dios?

– Finalmente, la oración nunca puede ser extraña a lo que podríamos llamar el «espacio vital» del individuo (y de la comunidad). Cada uno tiene el suyo. Normalmente está constituido por todos

aquellos puntos de referencia vital a través de los cuales se va desgranando la propia existencia. Para el agente de Pastoral de la Salud, uno de esos puntos de referencias es (o ha de ser) el mundo de la salud y de la enfermedad. Dicho más concretamente: la realidad y experiencias que ahí se viven, la propia implicación (sea cual sea), los sentimientos y actitudes, las opciones, la generosidad y la mediocridad, los rostros conocidos, el misterio que nos envuelve...

Orar la vida, desde esta perspectiva, significa, por un lado, aprender a mirar ese mundo con una mirada diferente: no sólo como el lugar donde se desarrolla una «profesión», sino también como mediación espiritual, donde el agente de pastoral vive y expresa su relación personal con Dios, y donde va configurando su existencia a Cristo misericordioso. Por otro lado, quiere decir que en la oración (personal o comunitaria) ese mundo es una presencia habitual, aunque no pueda serlo siempre de modo explícito y verbalizado. El agente de pastoral, enamorado y aliado de la vida, acoge, discierne, presenta, celebra, agradece... lo que acontece en ese espacio vital.

### «ORAR COMO CRISTO MISERICORDIOSO»

Por tradición y por espiritualidad todo buen agente de Pastoral de la Salud se identifica de buen grado con el buen Samaritano y acoge como dirigidas a él las últimas palabras de la parábola: «Ve y haz tú lo mismo». No está en cambio acostumbrado a verse a sí mismo en el herido del camino, y quizás le resulte aún menos familiar la imagen de un buen Samaritano que ora. ¿Tal vez porque no se habla de ello en el pasaje evangélico?

El ideal del agente de pastoral consiste obviamente en servir como Cristo, pero, con igual razón, no lo olvidemos, reside también en orar como Él. ¿Por qué? En primer lugar porque el servicio prestado por el agente no consiste únicamente en hacer, sino que es un modo de imitar, lo cual no es posible si la propia vida no va adquiriendo el talante de Cristo. De ahí el sentido de totalidad también del ministerio: éste, más que al orden del hacer, ha de verse inserto en el ser mismo de la persona, es decir, como una prolongación de su interioridad, de su pobreza o riqueza íntima. Una segunda razón: Orar es un modo excelente de servir. Detengamos por unos momentos la atención en este último aspecto, especialmente importante en nuestros días.

Cristo ciertamente oró al Padre, suplicando y dando gracias, por los pobres, por los enfermos, y también por los muertos (como en el caso de su amigo Lázaro). Ahora bien, sin disminuir para nada la importancia de esta actitud de Cristo, es aún más necesario constatar que su comunión con el Padre, la identificación con su amor y con su plan de salvación, se realizaban también -y de forma especial- a partir de los últimos. Es decir, en el servicio.

En esa escuela el agente de pastoral aprende que su oración habrá de llevarle a hacer suyos los sentimientos y actitudes de Cristo. Y se irá familiarizando con algunas convicciones básicas. Por ejemplo, en el horizonte habitual de la relación de Cristo con el Padre estaban siempre expresiones como éstas: «para esto he venido: para los enfermos, no para los sanos», «para servir y no para ser servido», «dichoso quien no se escandalice de mí». Y ¿cómo no descubrir en la confesión de Jesús «por esto el Padre me ama, porque yo entrego mi vida... nadie me la quita sino que la entrego por mí mismo» el momento culminante de la comunión de Cristo con el Padre? Comunión, pues, a partir del ofrecimiento de la propia vida, como el Padre habría hecho en el puesto del Hijo. ¿Qué otra cosa puede significar orar como Cristo misericordioso sino el ir adentrándose por esta vía de comunión.

Orar así puede concretarse, por ejemplo, en orar «desde abajo» donde se encuentran los enfermos y quienes sufren, encontrar a Dios en el fondo del pozo de la miseria humana, el rostro de Cristo en las periferias de la exclusión, estar dispuestos a dar vida sacrificando algo de la propia en el fuego lento del servicio diario...

**Orar dejándose sanar:** Finalmente, quien va acogiendo la gracia de orar como Cristo misericordioso puede encontrar ahí una fuente inagotable de experiencias saludables. Basten algunos ejemplos. La suya será siempre la oración de alguien que va consiguiendo (aunque sea costosamente) centrar y unificar su vida, que va conquistando nuevos espacios de libertad, tejiendo relaciones sanas y sanantes, enamorándose cada vez más de la vida sobre todo en sus «miniaturas» tantas veces ignoradas o despreciadas. Quien así ora termina por dejar un rastro saludable por donde pasa. El servicio a la salud y a los enfermos necesita de hombres y mujeres que saquen de la oración y de la liturgia su

fuerza terapéutica y saludable. En nuestro ministerio pastoral, como por lo general en la vida, nadie puede dar lo que no tiene.

### «PARA VIVIR EN ALTA TENSION»

Si la vida espiritual consiste en «despertar» (darse cuenta, percatarse, vivirse a sí mismo en profundidad y no en la periferia ... ), la vida de oración y la oración misma constituyen uno de los momentos de mayor lucidez en la vida del creyente. Lejos de ser una especie de distracción o un tranquilizante, la oración conduce al hombre a verse a sí mismo en la óptica de Dios, a captar el lado oculto de la realidad, a adentrarse en la espesura de la vida, a darse cuenta de su tensión radical.

Somos constitutivamente tensión. Este dato de la antropología teológica ha sido expresado de tantas maneras: desde el pascaliano estar entre la nada y el infinito, hasta la gráfica imagen de F. Mauriac «no somos ángeles ni bestias», o bien en el pensamiento de S. Agustín: somos saetas lanzadas hacia el centro del universo (Dios), cuanto más nos acercamos a Él más nos sentimos atraídos por Él... Lamentablemente, la tensión puede ser sofocada, distraída, desviada. El corazón, hecho para Dios, puede ir a la busca de ídolos; invitado a un gran banquete puede conformarse con las sobras y las migajas; habitado por aspiraciones sin límites puede dejarse seducir por la fascinación y el señuelo de lo inmediato.

La vivencia coherente del Evangelio y el ejercicio del ministerio en un mundo marcado por lo serio de la vida requieren del creyente una aceptación habitual de la tensión. De lo contrario, no sólo se apagan los fervores sino que también se apaga el rescoldo...

Quien ora está dispuesto a mantenerse despierto, a dejarse sacudir el sueño, a reavivar sueños y aspiraciones, recursos y energías tal vez escondidas. Todo esto, que todavía es genérico, ha de ser vivido de una forma propia y apropiada por el agente de pastoral. Veamos algunas formas.

– La vida de oración es el espacio privilegiado para alimentar y vivir de forma saludable la clásica y duradera tensión entre acción y contemplación". Por tanto, entre servicio a Dios y al prójimo, entre la dimensión horizontal y vertical de la vida... Soy del parecer que nunca existirá una pacífica armonía entre estas dimensiones. El equilibrio posible, alcanzable, no es «reposo», es «movimiento», libertad, un tender siempre más allá, más hondo, más alto... El Evangelio y el ministerio de Cristo es encomendado a personas llamadas a la santidad, a la perfección del amor. De hecho, la tensión no es sólo el fruto de nuestra imperfección y finitud, tampoco una experiencia fundamentalmente psicológica. Forma parte de nuestra estructura antropológica, de nuestra condición creatural, del hecho de ser imagen y semejanza de Dios. La tensión es don de Dios.

– Sería imposible mantener esta tensión hasta el final sin una adecuada vida de oración. Orando el agente de pastoral experimenta que la oración no es un simple objeto de «protección» y «defensa». Tampoco hay que verla como el incómodo aguijón que molesta y por tanto se evita... Es, en cambio, un modo estupendo de caminar hacia la plenitud, de hacernos más humanos y más libres, de explorar nuevas posibilidades y nuevos horizontes, de alcanzar nuevas metas, de sacarle partida a lo mejor de nosotros mismos, de vivir a Dios como nuestra mayor posibilidad. Todo esto, obviamente, no sucede al margen de la experiencia de purificación, sin el ejercicio de la ascesis, sin el compromiso de sanar libertad y corazón. Pero sucede.

– El agente de Pastoral de la Salud se desenvuelve normalmente en un mundo (el de la enfermedad y el sufrimiento) que es encrucijada y escenario de las mayores tensiones. Ahí vida y muerte, salud y enfermedad, esperanza y realismo se confrontan a diario. Aspiraciones sin límite y desilusiones crueles habitan juntas. Es un mundo de luz y de oscuridad, de silencio elocuente y de palabras vacías, y siempre espacio privilegiado de la presencia (escondida) de Dios. En la oración, en el encuentro con Aquél que todo lo llena, aprendemos a ver ese mundo con una mirada renovada, con buenos ojos: una mirada purificada e iluminada por la oración, diagnóstica, eleva y cura.

– En la oración el agente de pastoral es invitado a diario a descubrir el valor terapéutico y persuasivo de lo esencial. Donde todo adquiere nuevas dimensiones, allí donde sufrimiento, enfermedad y muerte hacen a todos tan iguales y tan diferentes, donde tan a menudo aparece nítido el rostro de la provisionalidad, el agente, sirviendo y orando, puede experimentar muy concretamente qué significa haberse encontrado en la vida con el «unicum necessarium» del Evangelio. Esta

experiencia resulta, por lo menos a largo plazo, muy saludable. No sólo ayuda a reconciliarse con los inevitables dolorosos o imprevistos de la vida, sino que, sobre todo, ayuda a saborear más gozosamente los dones asociados a la aventura de vivir. El agente de pastoral está llamado a ser agente de contraste, pues relativiza grandezas, desmonta falsas ilusiones, pero al mismo tiempo ayuda a valorar y promueve lo pequeño y se pone al lado de lo indefenso.

– Finalmente, el ministerio del agente de pastoral pone a prueba lo mejor y lo peor de sí mismo. Lo pone a descubierto, desnudo por dentro frente a las realidades últimas de la vida, ante el así llamado «peso de lo real». Aceptar la tensión que esto comporta significa estar dispuestos a caminar hacia la unidad interior. Esta es un gran don, imposible sin la oración. Quien lo acepta, no obstante la dureza de la vida, experimenta el gozo de no estar ya dividido, se centra en lo esencial: un centramiento que, alternando momentos de lucha y de tregua, termina por convertirse en manantial de paz.

## PARA SER AGENTES DE LA SALUD DE CRISTO

En el complejo marco de nuestra sociedad profundamente secularizada y, más concretamente, en las actuales instituciones de salud el agente de pastoral es el único que, de forma pública e incluso estatutaria, actúa en nombre y en virtud de la fe (católica). En el ejercicio

de su ministerio, en la fijación de sus contenidos y en el control de calidad de su actividad, existen no pocos aspectos que escapan a la lógica que rige normalmente otras profesiones. Dentro y más allá del arte pastoral (en el que incluyo todas las componentes del ministerio, sin olvidar la vertiente litúrgico /sacramental) siempre emergerán, con mayor o menor intensidad, preguntas como éstas: ¿Cuál es el lugar de la fe dentro del servicio a la salud y a los enfermos? ¿Hasta qué punto la fe vivida/orada/celebrada del agente de pastoral condiciona, de forma real, la prestación y la eficacia de su ministerio?

Dentro de la vasta y compleja actividad evangelizadora de la Iglesia, la Pastoral de la Salud está, como cualquier otra pastoral, al servicio de la salvación integral. Ese es su objetivo final, explicitado de tantas maneras. No en vano, ya en el tiempo, la salvación tiene muchos nombres, y muchos rostros. Penetra en la historia grande y en las biografías pequeñas, toma cuerpo en la carne, penetra hasta los últimos pliegues del corazón. Se hace libertad y gracia, perdón y esperanza, salud y convivencia saludable con la enfermedad. Una salvación creíble, dentro del mundo de la salud, ¿qué rostros ha de tener? Antes aún: ¿Por qué la pastoral de nuestros agentes puede llamarse de la salud?

Éstas y otras preguntas nos llevarían a desembocar en la que, a mi parecer, es hoy la gran cuestión: ¿Qué salud puede ofrecer hoy la Iglesia, a través de sus ministerios y de sus agentes, al hombre de hoy? ¿Cómo ofrecer la misma salud salvífica y la misma salvación saludable de Cristo?

Estos interrogantes nos introducen de lleno en un tema íntimamente relacionado con el título de esta reflexión. Tema que, en una brevísima y primera aproximación, podría formularse así: Cristo encomendó a la Iglesia la salud, no sólo como tarea o misión (= cuidar y curar a los enfermos, anunciarles el Evangelio, promover la salud ... ), sino también como don inherente a la naturaleza/identidad íntima de la Iglesia y asociado al don de la fe. Dicho de otro modo, la Iglesia, además de instituciones de salud y/o de asistencia, dentro de las cuales sirve a la salud y a los enfermos, posee otros recursos que son de suyo saludables y terapéuticos. Entre ellos, de forma destacada, su actividad litúrgica y oracional.

El ministerio del agente de pastoral y, tal vez sobre todo, su vida personal de oración así como su praxis litúrgica y sacramental, deberían apoyarse cada vez más en la convicción de su fuerza saludable. Digo saludable (y no sólo terapéutica) porque no se trata fundamentalmente de buscar la curación en esos recursos y/o de que éstos sustituyan a la ciencia, sino su fuerza plenificadora. Sacramentos aliados de la vida que no se limitan a «cancelar», a «expulsar», a «lavar», a «perdonar»... Sacramentos de plenitud porque en ellos el hombre es conducido hacia la plena realización de sí. Sacramentos que potencian lo humano, aportándole sentido y nuevas motivaciones, que son vehículo de una «salud perfecta», que dan nuevos contenidos a la libertad, que refuerzan el sentido de pertenencia, que son fuente de esperanza original (específicamente cristiana). Sacramentos que tienen un escenario privilegiado en el hospital y en la residencia geriátrica, en el tiempo de la enfermedad y del ocaso de la vida.

Allí donde la vida se toma especialmente preciosa y, al mismo tiempo, resulta ser más frágil y menos respetada, el agente de pastoral ha de ser y aparecer hoy como una persona que, precisamente porque reconoce sus propias heridas (y su necesidad constante de sanación profunda), valora el don de la salud. El «tesoro de la salvación», del que quiere ser testigo, anuncio y celebrante eficaz, lo lleva en la vasija de barro de su propia humanidad. Pero sigue siendo salvación en la medida en que su humanidad siga siendo «sacramento» de la misma. De ahí la debilidad y la cercanía de la salvación. Pasa por nuestros ojos y nuestra mirada, sanados a luz de la intimidad con Dios; a través de nuestra palabra y de nuestro silencio, educados en la escucha y en el diálogo con Dios; a través de nuestras manos, educadas a la acogida...

### ALGO MAS QUE UN «TOQUE MARIANO»

A menudo se tiene la impresión de que las menciones de María en nuestros discursos (incluidos los del magisterio) no superan la categoría de la «cortesía» obligada y de la estética literaria religiosa. Si se han de evitar los excesos en introducir a María, toque o no, en todos los discursos, no menos peligroso es olvidarla en ciertos casos o bien reducirla a una especie de elemento decorativo. Tal es el tema que nos ocupa.

Más allá de las connotaciones morales (el esfuerzo por imitar sus virtudes) y devocionales, la figura de María debe de jugar un papel importante en la configuración del alma orante del agente de Pastoral de la Salud. Además del hecho de que la dimensión femenina y masculina está constitutivamente presente en cada hombre y mujer, nuestra configuración con el Cristo misericordioso reclama y reivindica con fuerza la asimilación e interiorización de valores y de sentimientos que, por cultura o por otras razones menos coyunturales, se atribuyen en modo particular a la mujer. Si su presencia y su aportación son consideradas en todos los ámbitos de la vida (desde la teología hasta la política) es claro que el mundo de la salud y de la enfermedad está atravesado por el alma femenina.

Orar como María, ¿qué puede significar para cualquier agente de Pastoral de la Salud? Ante todo la madre de Jesús no sólo representa un modo ejemplar de ser mujer (persona humana), obviamente con una biografía fechada (y limitada) en el tiempo, sino que constituye también un ejemplo de un sano y saludable modo de relacionarse con Dios. Ella acepta ser criatura y discípula, pequeña (humilde) ante de Dios y abierta a su misterio, frente al cual inclina activamente su corazón. Deja que Dios sea Dios, ni rival ni aguafiestas, sino Aquél que la «llena de gracia». Su sensibilidad femenina creyente adquiere la sabiduría de Dios: Sabe mirar la realidad, abrazarla, asumirla y, al mismo tiempo, rumiar las cosas internamente, sin dejarse engullir por las cosas y por los acontecimientos. Fiel a la tierra y al cielo, su corazón está libre hasta las últimas consecuencias del amor.

Orar como María equivale de alguna manera a entrar en esas dinámicas espirituales y humanas de María: afinar la libertad y la disponibilidad, la capacidad de decidirse a dejarse modelar por Dios, acoger la Palabra hasta el punto de hacerse fecundos de Dios, echar una larga y amorosa mirada sobre la realidad", aprender a metabolizar espiritualmente la avalancha de estímulos que nos vienen del mundo (especialmente del mundo de nuestro ministerio), asociarse a sí mismos incondicionalmente a la misión y a la suerte de Cristo, vivir la vida en actitud de comunión solidaria...